

# Introducción

## Antropología, diferencia y segregación urbana

María Carman, Neiva Vieira y Ramiro Segura

Los artículos que componen este libro ensayan un abordaje socio-antropológico de los procesos de segregación socio-espacial en la ciudad. Producto de un diálogo intelectual de varios años entre investigadores de diferentes ciudades, en distintos ámbitos institucionales<sup>1</sup>, esta publicación tiene por finalidad aportar desde la investigación socio-antropológica –es decir, desde investigaciones que, más allá de sus diferencias, comparten un modo de mirar centrado en las prácticas, las relaciones y los sentidos sociales de los actores urbanos– al vasto campo de investigaciones sobre los procesos de segregación socio-espacial.

Partimos de una evidencia incuestionable, el espacio de las ciudades contemporáneas no es homogéneo o indiferenciado: ni las residencias de los habitantes, ni las infraestructuras y servicios urbanos se encuentran distribuidos de manera uniforme por la ciudad. La pregunta por la proximidad o distancia entre grupos sociales en el espacio urbano, por la homogeneidad de los distintos espacios residenciales de una ciudad, o por el grado de concentración de un grupo en un determinado territorio, representan distintas maneras de acercarse a la cuestión por la segregación socio-espacial (Sabatini, Cáceres y Cerdá, 2001) es decir, para preguntarse en qué medida se correlaciona un grupo social (que puede ser definido con base

---

<sup>1</sup> Los autores de los distintos capítulos nos hemos encontrado en diversos espacios de intercambio, como las Reuniones Antropológicas del Mercosur (Porto Alegre, 2007; Buenos Aires, 2009; Curitiba, 2011), el Congreso de la Asociación Latinoamericana de Antropología (Costa Rica, 2008) y en distintos eventos del Grupo de Trabajo de CLACSO “Hábitat popular e inclusión social”.

en distintos atributos como la clase, la etnia y la religión, entre otras) con un determinado sector de la ciudad. De este modo, es posible conocer el grado de heterogeneidad social de los espacios residenciales de las ciudades, e inferir algunas cuestiones relativas a los mecanismos que (re)producen las desigualdades sociales. De este primer acercamiento a la cuestión de la segregación socio-espacial, se desprenden dos cuestiones relevantes para un abordaje socio-antropológico de la segregación.

En primer lugar, su variabilidad social y cultural (Wacquant, 2007). En efecto, en distintas sociedades son segregados grupos sociales definidos sobre la base de distintos atributos y relaciones. Para citar un ejemplo, mientras la segregación predominante en la sociedad norteamericana está basada en criterios raciales, en donde se tiene al gueto como forma socio-espacial específica, en las ciudades latinoamericanas ha predominado la segregación con base en criterios socio-económicos o de clase, que tienen en el conventillo porteño su forma socio-espacial tradicional, donde no es la raza o la etnia lo que se espacializa, sino una condición social compartida por personas de distintas procedencias<sup>2</sup>. Otro ejemplo de esta variabilidad de las formas de segregación serían las favelas brasileñas, donde el criterio de clase se complejiza al relacionarse directamente al criterio racial.

En segundo lugar, la temporalidad de la segregación; es decir, su variación a lo largo del tiempo. La segregación puede aumentar o disminuir, su escala puede variar e incluso, aunque menos habitual, pueden transformarse los atributos y relaciones que están en la base de los procesos de segregación.

Lo dicho hasta aquí nos lleva a la pregunta acerca de los procesos y los agentes involucrados en la configuración del espacio urbano en general, y de la segregación en particular. Para esto es necesario desustancializar los espacios urbanos, es decir, poner en cuestión la idea según la cual las razones por las que un espacio tiene determinadas cualidades, se encuentran exclusivamente en el espacio mismo, en una supuesta esencia de la que ese espacio (y sus habitantes) sería portador. Ante la evidencia de que los

<sup>2</sup> Este contraste tiene fines comparativos y heurísticos. No debe hacernos perder de vista los elementos vinculados al encasamiento de las relaciones raciales y a la racialización de las relaciones de clase presentes en los casos norteamericano y argentino respectivamente.

grupos sociales no se distribuyen de manera aleatoria en la ciudad, o que tampoco todos acceden a la misma calidad de infraestructura y servicios urbanos, las distintas contribuciones del libro dirigen la mirada hacia los actores involucrados en el proceso: el Estado y sus mecanismos y planes de (des)regulación del uso del espacio, los agentes inmobiliarios y sus proyectos y emprendimientos, las organizaciones sociales, las sociedades de fomento o asociaciones de vecinos, entre otros. En este sentido, el lugar metodológico escogido por los artículos que componen este libro para analizar los procesos de segregación socio-espacial privilegia las prácticas, las relaciones y los sentidos sociales de los residentes de espacios segregados.

Uno de los riesgos en el uso de la noción de segregación consiste en tratarla como un principio de explicación *per se*, como un determinante de los hechos o procesos observados (Brun, 1994: 42). ¿Cómo ir más allá de la denuncia de la segregación, o de la mera constatación de estar frente a un ‘fenómeno de segregación’? No se trata meramente de contribuir, desde las ciencias sociales, a explicar los ‘impactos’ o los efectos sociales de la segregación socio-espacial –lo cual también supone pensarla como algo dado–, sino de dar cuenta de cómo la segregación también se construye en el ámbito de las representaciones sociales y las prácticas en los múltiples cruces de la vida cotidiana entre actores con diverso capital económico, social y cultural. Desde nuestra perspectiva, no basta con estudiar las percepciones de la situación de segregación sin analizar, al mismo tiempo, los usos del espacio y las rutinas, los estigmas territoriales y las significaciones de la ciudad.

Si bien es la segregación socio-espacial la que específicamente nos ocupa en este trabajo, con miras a desnaturalizar el espacio urbano, es importante no perder de vista que existen otras formas de segregación que no siempre tienen una traducción espacial. El análisis de la segregación residencial puede ser pensado como una de las formas, pero no la única, en las que se expresan el establecimiento de límites y fronteras sociales. Es decir, se debe reponer tanto su singularidad (no todos los límites sociales se expresan espacialmente) como aquellas características que comparte con otros procesos de establecimiento de límites a simple vista muy disímiles como, por ejemplo, las identidades étnicas (Barth, 1976), las clasificacio-

nes sociales (Durkheim y Mauss, 1996; Boudieu, 2002), las categorías morales (Lamont, 1992) y diversos tipos de interacciones sociales cotidianas (Simmel, 1986). Es precisamente desde estas preocupaciones y preguntas, que la antropología puede contribuir al estudio de la segregación socio-espacial, y enriquecer la comprensión del fenómeno.

### El campo de estudios de la segregación

Del análisis de la producción académica (dispersa y heterogénea), sobre la segregación en América Latina, surgen varias cuestiones relevantes:

En primer lugar, segmentación, división, fragmentación e incluso marginalidad y exclusión, son algunos de los conceptos que, aunque partiendo de premisas distintas y recortando analíticamente otras clases de problema, tienen puntos de intersección y solapamiento con la noción de segregación. Tal multiplicidad conceptual es problemática, ya que cada uno de esos conceptos tiene su tradición teórica e implicaciones específicas y, por lo tanto, no son términos intercambiables. Así, por ejemplo, una noción como la de fragmentación, bastante generalizada últimamente, implica asumir la separación de la totalidad urbana en segmentos socio-espaciales relativamente autónomos. Aquí optamos por mantener el concepto de segregación socio-espacial y preguntarnos, según los trabajos: ¿cómo se gestionan los suburbios –amenazantes, amurallados, o ambas cosas a la vez– de nuestras ciudades? ¿Y los nuevos centros recualificados? ¿A través de qué compleja batería de prácticas, normas y procedimientos se materializan las políticas de segregación espacial en las ciudades bajo análisis<sup>3</sup>?

En segundo lugar, si nos limitamos exclusivamente a los estudios que trabajan a partir del concepto de segregación, se observan distintos énfasis temáticos. Así, por ejemplo, en México Martha Schteingart (2001)

3 Si bien la articulación entre el espacio y la sociedad, como señala Brun (1994: 23) está en el corazón de los discursos sobre la segregación, la distancia espacial no necesariamente conforma el criterio más importante de segregación. En los estudios contemporáneos, muchos otros criterios resultan igualmente importantes, tales como la exclusión de hecho o de derecho de lugares públicos, prohibiciones sexuales, culturales, profesionales, etc. Nos concentraremos en este libro, exclusivamente, en los procesos de segregación socio-espacial de las ciudades contemporáneas.

identificó cinco tipos de estudios<sup>4</sup>: segregación urbana relacionada con la expansión de las ciudades y el crecimiento de la población; segregación urbana vinculada a los servicios urbanos y la vialidad; aspectos históricos de la segregación; estudios de sectores de la ciudad: centro, barrio, periferia irregular; nuevas formas de segregación urbana como los barrios cerrados.

Por último, se observa el predominio en los estudios sobre segregación de las variables y dimensiones cuantitativas del fenómeno, con la consiguiente ausencia de trabajos que centren su atención en la dimensión práctica (usos y representaciones) en torno a la segregación socio-espacial. Incluso en aquellos trabajos predominantemente cuantitativos en los que se reconoce la importancia de esta dimensión, la misma aparece relegada. Ese es el caso, por ejemplo, del trabajo de Sabatini, Cáceres y Cerdá (2001). Estos autores han identificado tres dimensiones principales de la segregación residencial socio-económica: la tendencia de los grupos sociales a concentrarse en algunas áreas de la ciudad; la conformación de áreas o barrios socialmente homogéneos; y la percepción subjetiva que los residentes tienen de la segregación ‘objetiva’ (constituida por las primeras dos dimensiones) que, según estos autores, en las situaciones trabajadas en ciudades chilenas, consiste en ‘sentimientos de marginalidad’ y de ‘estar de más’. Además de limitar la indagación sobre los residentes a la percepción subjetiva de su situación (y, consecuentemente, perdiendo de vista el rol activo de estos actores en los procesos de segregación), la escisión tajante entre segregación objetiva y subjetiva también es discutible. ¿Acaso no están en juego dimensiones simbólicas y subjetivas en la tendencia de los grupos sociales a concentrarse en áreas específicas de la ciudad? ¿Y qué decir respecto de las percepciones y valoraciones que acompañan emprendimientos urbanos como urbanizaciones cerradas o políticas de relocalización de la población y renovación urbana?

Teniendo en cuenta estas objeciones, Rodríguez (2001) distingue dos tipos de segregación: uno geográfico, que significa desigualdad en la dis-

4 Similar panorama encontró Prévot-Schapira (2001) en cuanto a los usos de la noción de fragmentación urbana en las investigaciones recientes: proceso histórico de fragmentación de la unidad urbana; ausencia de autoridad metropolitana (fragmentación institucional); lógicas de gestión de servicios privatizados; creación de territorios ad hoc; proximidad de ricos y pobres, pero en espacios herméticamente cerrados, lo que establece relaciones asimétricas entre las dos partes de la ciudad.

tribución de los grupos sociales en el espacio físico y otro sociológico, que refiere a la ausencia de interacción entre grupos sociales. Al respecto señala que “la presencia de un tipo de segregación no asegura la existencia del otro” (Rodríguez, 2001: 11). Si, como sugiere Cortés (2008), en lugar de pensar en tipos de segregación, lo geográfico y lo sociológico se constituyen en dimensiones (interrelacionadas de manera compleja y cambiante) de nuestro concepto de segregación, se abre un conjunto de cuestiones a resolver empíricamente, abordados en los distintos capítulos que componen esta obra.

En este sentido, el desafío de los capítulos consiste en ir más allá de la constatación de una desigual distribución y acceso de bienes y servicios urbanos, que corresponderían a una dimensión geográfica de la segregación. En efecto, se procura abordar también, cualitativamente, su dimensión sociológica, es decir, las interacciones sociales en la ciudad segregada. Asimismo, por vía de los datos censales podemos conocer los criterios (económicos, raciales, étnicos) a partir de los cuales se distribuyen los habitantes en el espacio de la ciudad. Desconocemos, en cambio, dónde, cuándo y para qué se encuentran miembros de grupos distintos, si es que lo hacen. Tampoco sabemos cómo experimentan su situación, ni cómo se piensan recíprocamente, con base en imaginarios, clasificaciones sociales y estereotipos. Son precisamente estas cuestiones las que, con énfasis diversos, abordan los trabajos que aquí prologamos.

### Segregación homogénea y heterogénea

Como señala Grafmeyer (1994: 88), los usos neutros y ‘objetivos’ de la noción de segregación presuponen, a priori, procesos de separación homogénea. Bajo esta concepción clásica, a un determinado lugar en la estructura social le correspondería un determinado lugar en el espacio físico; y la mixtura residencial estaría dotada, *a contrario*, de una legitimidad intrínseca. Algunas experiencias de segregación, sin embargo, no presentan fronteras perfectamente delineadas entre grupos bien identificados: son los casos de *segregación heterogénea* (Brun, 1994: 31, 37 y 39). Dichas experiencias nos

recuerdan que, como advierte Grafmeyer (1994: 92) en su objeción a Robert Park, la distribución de individuos y grupos en el espacio físico no siempre resulta un buen indicador de la distancia social. En los casos de segregación heterogénea, el análisis ha de poner el acento no en la distancia socio-espacial entre los grupos, sino en las oportunidades desiguales de acceso a los bienes materiales y simbólicos ofrecidos por la ciudad:

La localización residencial es concebida como una traducción material de lógicas colectivas que, más allá de la cuestión de las proximidades y distancias entre grupos, interroga sobre sus lugares respectivos en la estructura social (Grafmeyer 1994:89; *la traducción es nuestra*).

Pensemos, por ejemplo, en las fronteras evanescentes y ubicuas que ‘dibujan’ las casas ocupadas ilegalmente en un barrio tradicional de clase media. En tal espacio mixto, sectores populares y residentes propietarios conviven más o menos conflictivamente, y en ausencia de fronteras materiales claramente establecidas, suelen consolidarse fronteras simbólicas entre ambos grupos, expresadas en estrategias de evitación y la puesta en circulación de estereotipos y estigmas. Este también sería el caso de algunas favelas brasileñas, incrustadas en barrios nobles de la ciudad, donde por la ausencia de límites definidos y por la necesaria convivencia en un espacio común, también se desarrollarían otras formas de demarcación de las distancias sociales y fronteras simbólicas entre sus habitantes.

Quizás la distinción propuesta por Lamont y Molnár (2002) entre fronteras o límites sociales y fronteras o límites simbólicos sea pertinente para pensar la segregación socio-espacial como un tipo específico –no el único– de limitación social<sup>5</sup>. Tal distinción conceptual nos permite comparar procesos de segregación socio-espacial en distintos contextos, escalas y magnitudes. Mientras las *fronteras sociales* son formas de diferencias sociales que se manifiestan en un acceso y distribución desigual de recursos

5 Lamont y Molnár (2002) proponen la distinción entre las fronteras simbólicas y sociales como un modo de intentar comprender el rol de los recursos simbólicos (distinciones conceptuales, estrategias interpretativas, tradiciones culturales) en la creación, mantenimiento, cuestionamiento e incluso disolución de diferencias sociales institucionalizadas (clase, género, raza, desigualdad territorial).

(materiales y no materiales) y oportunidades sociales, las fronteras simbólicas son distinciones conceptuales realizadas por los actores para categorizar objetos, gente, prácticas e incluso tiempo y espacio.

Las relaciones entre ambos tipos de fronteras son complejas y no suponen una correlación o adecuación absoluta entre ellas. Así, las fronteras simbólicas pueden ser utilizadas tanto para reforzar, como para cuestionar ciertas fronteras sociales. Podemos pensar, por ejemplo, la disputa simbólica en torno a favelas y villas, donde una forma socio-espacial ha adquirido diversas y contrastantes significaciones. O los estigmas territoriales que suponen un isomorfismo entre espacio, residentes y cualidades morales, que marcan al habitante de zonas desfavorecidas en gran parte de sus interacciones cotidianas. De hecho, muchas veces las fronteras simbólicas persisten cuando se han abolido las fronteras sociales<sup>6</sup>. La segregación socio-espacial, entonces, no se reduce a un fenómeno de desigual distribución espacial de bienes y servicios. En la base de tal proceso hay límites sociales, imaginarios y clasificaciones sociales. El hecho de que distintas sociedades tracen límites sociales y espaciales con base en diversos atributos (clase, raza, etnia, religión, incluso tiempo<sup>7</sup>) nos muestra su gran variabilidad.

Una preocupación analítica que comparten los artículos reunidos en este libro consiste en estudiar precisamente los límites o las fronteras, y a las personas que continuamente migran, se desplazan y traspasan esas fronteras una y otra vez. Mientras los análisis habituales sobre segregación residencial suelen indicar los lugares donde las personas residen nada nos dicen, en cambio, de lo que las personas hacen: dónde trabajan, cómo llegan hasta el trabajo, con quiénes y para qué se relacionan, con quiénes no; dinámicas en las cuales generalmente están presentes otros límites sociales y simbólicos en forma de estereotipos y estigmas territoriales, aunque la in-

6 Es el caso de ciertos estigmas que persisten mucho tiempo después de que una villa se ha urbanizado.

7 El tradicional trabajo de Elias y Scotson (2000) nos muestra dos cuestiones relevantes. Por un lado, la contingencia del atributo a partir del cual se establece un límite entre grupos, en su caso entre establecidos y recién llegados. Por otro lado, si bien con otros términos, distinguen entre fronteras sociales y simbólicas, entre la dominación material y las muestras de superioridad, y muestran cómo en ciertas situaciones las fronteras simbólicas son incorporadas por los grupos dominados.

teracción ocurra a gran distancia del espacio residencial. Son precisamente estas cuestiones las que se abordan en este libro.

### Las cuatro modalidades de la segregación

Los procesos de segregación en las ciudades analizadas en este libro abarcan, al menos, cuatro modalidades<sup>8</sup>, que hemos de enunciar en detalle a continuación. De las múltiples formas de segregación, hemos de ejemplificar mayormente estos procesos con una de sus variantes: el desplazamiento de sectores considerados 'indignos' de permanecer en la ciudad, promovido por el Estado.

1) La *segregación acallada* alude a una producción directa, aunque implícita, de situaciones de confinamiento. Por lo general no se trata de prácticas o políticas de exclusión admitidas, sino de una segregación invisible. Lo que es presentado, en apariencia, como una medida asistencial o una política de inclusión, puede enmascarar una segregación de los sectores más débiles, como las prácticas de recuperación urbana de espacios públicos, cuyo efecto es la exclusión o el desplazamiento de sectores populares. En este tipo de procesos, como señala Grafmeyer (1994: 104), la intención segregativa está presente en las voluntades colectivas que intervienen en las medidas de separación física. La paradoja es que estas prácticas silenciosas de expulsión resultan difíciles de denunciar en el contexto de gobiernos autoproclamados progresistas, de acentuada prédica de integración democrática y multicultural.

Veamos a continuación cómo se articula esta segregación acallada con las dos acepciones sociológicas de la segregación descriptas por Bernard (1994: 74-75): la segregación como medida de *protección de los más débiles*, o bien a la inversa, como medida de *protección de la sociedad dominante* de la irrupción de elementos extranjeros susceptibles de debilitarla. El primer caso —la segregación por defensa del vulnerable— resulta en ocasiones una

8 Una primera versión de este análisis fue concebida para pensar los procesos de segregación en la ciudad de Buenos Aires (Carman, 2009).

variante encubierta de la segunda versión. Pensemos el caso de los habitantes de una precaria villa de Buenos Aires en los bajos de una autopista, denominada “el Cartón”, que fue trasladada a unos remotos terrenos de Parque Roca –en el sur de la ciudad– tras el incendio de una de las casillas y la trágica muerte de algunos habitantes. Luego de este primer traslado motorizado por el poder local, el predio ‘libre’ de Parque Roca comenzó a poblarse con otros desalojados y personas sin vivienda. Esta política de desplazamiento de sectores populares por el poder local resultó aceptable en la medida de que se trató de una ‘tierra de nadie’, de un espacio considerado neutral. Este también fue el caso de las políticas públicas de ‘remoción’ de favelas implementadas en Río de Janeiro a partir de los años de 1950 y 1960. En ese período, varias favelas, entonces localizadas en barrios acomodados de la Zona Sur de la ciudad, fueron destruidas y sus habitantes fueron alojados en conjuntos habitacionales sin ninguna infraestructura o servicios, en regiones distantes y abandonadas de la ciudad (Perlman, 2010; Cunha e Mello, 2012).

Lo que en estas situaciones es presentado como un lugar vacío es, en verdad, un lugar segregado. La única certeza que ofrecen estos lugares segregados que en apariencia protegen a los débiles consiste en evitar –por su ubicación remota y la ausencia de servicios urbanos– cruces inesperados entre clases sociales. Allí se trasladan sectores populares en situaciones desventajosas que, paradójicamente, ven agravada su desventaja al estar virtualmente aislados del resto de la ciudad.

Ahora bien, cuando estos ‘espacios vacantes’ cobran nuevos significados o pasan a albergar en sus cercanías sectores residenciales, se impondrán barreras materiales para aislar aquel lugar de relegación –construido o tolerado por el propio Estado– del lugar de prestigio próximo. Dicho de otro modo, cuando la distancia espacial ‘prudente’ entre las clases sociales cesa de estar garantizada, se suelen construir barreras físicas que aislen lo que está, desde las percepciones dominantes, demasiado próximo. La *segregación en tanto protección de los más débiles* vira entonces drásticamente a una *protección de la sociedad dominante* de las posibles amenazas de los vulnerables.

Aquí podemos articular nuevamente la segregación con la construcción de fronteras, y la problemática visibilidad de los sectores más desfavoreci-

dos. Si desde la mirada ajena, ciertos sectores populares resultan ostensivos, no resulta extraño que cobren legitimidad las prácticas que los tornan invisibles. Basta recordar la erección de muros en las proximidades de las villas o favelas de nuestras ciudades latinoamericanas, e incluso el caso paradigmático de la urbanización cerrada de San Pablo custodiada, en su muro perimetral, por leonas<sup>9</sup>. En tales casos, la segregación es presentada como una medida terapéutica promovida por un gobierno o una autoridad a fin de reforzar las barreras que separan al cuerpo social de los márgenes (Bernard, 1994: 76).

2) La *segregación por default* es una sutil variante de la anterior<sup>10</sup> y refiere a los efectos socio-espaciales de un prolongado abandono estatal de los habitantes de una zona de relegación urbana. Etimológicamente, la noción de segregación designa una práctica voluntaria, que opone un actor responsable a un sujeto que la padece (Brun, 1994: 23). En este sentido, la segregación procede de una lógica de discriminación (Grafmeyer, 1994: 105 y Brun, 1994: 24 y 28), si bien es posible atribuirle diversos grados de intencionalidad a los actores involucrados en la producción de segregación. En efecto, no siempre es posible explicar la concentración residencial de las poblaciones desfavorecidas por una exclusión deliberada y consciente (Brun, 1994: 28). A este fenómeno paradójico lo denominamos *segregación por default*, vale decir, la segregación que es producida indirectamente por una conjunción de políticas de olvido<sup>11</sup> por parte del Estado:

Independientemente de toda intencionalidad, la segregación puede también resultar de un simple efecto de desigualdades de recursos y de posiciones producidas por la diferenciación social (Grafmeyer, 1994:104).

En un sentido similar, algunos hábitats populares no devienen en un sitio estigmatizado sino a posteriori de su instauración a partir de un pro-

9 El establecimiento de límites no supone, salvo excepciones extremas, la ausencia de relaciones entre miembros de los grupos que el límite define.

10 Demás está decir que estas distinciones solo cumplen una función analítica, pues el análisis pormenorizado de los casos muestran una compleja superposición de las dimensiones de la segregación aquí detalladas (por ejemplo, entre segregación acallada y segregación por *default*).

11 Por políticas de olvido aludimos aquí a la casi total ausencia de políticas habitacionales dirigidas a sectores populares, aun en ciudades con significativo superávit.

gresivo ‘olvido’ estatal, y al ser contrastados con otros hábitats más prestigiosos<sup>12</sup>. El trabajo de Girola, del presente volumen, da cuenta de un caso de vivienda pública en Buenos Aires donde la urbanidad oscila entre la *heterogeneidad conflictiva*—su diversidad social inicial— y la *homogeneidad promiscua*, noción que remite a su progresivo deterioro y al desdibujamiento de las fronteras simbólicas entre barrio y villa en dicha vivienda colectiva.

3) La *segregación presuntamente indolente o positiva* se materializa en los procesos de auto-segregación de la clase acomodada, tanto en las *torres-country* del corazón de la ciudad capital como en las urbanizaciones cerradas suburbanas. Las prácticas de expulsión de sectores ‘indeseables’ de los barrios prestigiosos de la ciudad favorecen la homogeneidad anhelada de ciertos ‘barrios-emblema’, aquello que Donzelot (1999) define como un *urbanismo afinitario*.

La literatura suele ocuparse con menor intensidad de estos casos de segregación. Una diferencia esencial es que, así como los pobladores de los ‘guetos de los ricos’ han decidido libremente residir allí, los habitantes de los ‘barrios de exclusión’ quedan, por el contrario, frecuentemente prisioneros de su condición social (Brun, 1994: 29). En el caso de los barrios privados, es lícito hablar de una práctica de auto-segregación, ya que ellos se perciben a sí mismos como vulnerables. E incluso es posible hipotetizar que estos sectores proclaman una suerte de ‘cultura de la segregación’ (Bernard, 1994: 76), al reivindicar su solidaridad y cohesión social. Aunque bien sabemos que, como advierte De Sousa Santos, lo que es presentado como una manifestación de debilidad puede ocultar una manifestación de fuerza: “solo quien es fuerte puede justificar el ejercicio de la fuerza a partir de la vulnerabilidad” (De Sousa Santos, 2003: 73).

¿Y cuál sería la manifestación de fuerza implícita en esa elección de residencia, y por tanto, de vida? Grafmeyer lo sintetiza con agudeza:

La segregación también puede aparecer como el resultado colectivo emergente de la combinación de comportamientos individuales discrimina-

12 Como señala Bernard (1994: 82), un barrio o un lugar de residencia siempre se construye por oposición a su mundo exterior inmediato.

torios. Por “discriminatorio” debe entenderse un comportamiento “*que denota una percepción, consciente o inconsciente, del sexo, de la edad, de la religión, del color, de no importa qué elemento que sirve de base a la segregación, una percepción que influencia las decisiones concernientes a la elección del lugar de residencia*” (Schelling, 1978). En sí mismas, esas percepciones discriminatorias no alimentan forzosamente un deseo de segregación, pero el juego combinado de elecciones individuales resultantes puede, bajo ciertas condiciones, producir colectivamente situaciones segregativas [...]. Como lo advierte Schelling, incluso dentro de las elecciones económicas, los individuos pueden integrar percepciones discriminatorias. Elegir un barrio es elegir también los vecinos (Grafmeyer, 1994:105; la traducción es nuestra; itálicas y comillas del original).

4) La *segregación agravada* refiere a la sumatoria de algunas de las dimensiones de segregación ya mencionadas, que suelen impactar sobre los sectores considerados superfluos o efímeros y que nos hablan de su cada vez más difícil permanencia en la ciudad. Los procesos comentados hasta ahora (la segregación acallada, positiva o por *default*) no proceden de lógicas autónomas, si bien pueden ser vividos como realidades separadas y sin aparente conexión entre sí. Si, como postula Bernard (1994: 77), asistimos al fenómeno simultáneo y contradictorio de la emergencia de un repliegue comunitario y la multiplicación de las personas sin anclaje en el espacio urbano, todo estudio antropológico de la segregación debería también abordar el caso contrario, o aparentemente contrario. Existen, en tal sentido, estudios pioneros en nuestros países, como el de Caldeira (2007) —que trabaja tanto en favelas como en enclaves fortificados— y el de Girola (2008), que aborda un estudio comparativo entre un deteriorado complejo de viviendas de interés social y una exclusiva urbanización privada *high design*, ambos en el Área Metropolitana de Buenos Aires.

Una segregación puede interpretarse como agravada cuando se ven reforzadas situaciones de confinamiento socio-espacial, o bien cuando existe un efecto acumulativo de experiencias que dificultan la integración de un grupo a la ciudad que habita<sup>13</sup>. El distanciamiento físico o simbólico

13 La segregación acallada de sectores que ya han sufrido la expulsión de la ciudad o el abandono estatal produce, por caso, una segregación agravada.

del grupo se ve acentuado cuando acaecen experiencias de segregación en un mismo espacio, o cuando estas impactan sobre un mismo sector de población a lo largo del tiempo. En ambos casos, los grupos vulnerables interiorizan la hostilidad de ser segregados una y otra vez. Sería un error, no obstante, identificar la segregación agravada solo con el uso explícito de violencia, pues las prácticas de expulsión de violencia atemperada también fijan una impronta en el capital acumulado de los sectores populares en su relación con el Estado, a la vez que reafirman reglas no escritas sobre los usos debidos e indebidos del espacio urbano.

Ahora bien, uno de los aspectos que solo puede responderse a través de la investigación empírica es si estas dimensiones de la segregación son vividas como tales por los sujetos involucrados. Vivir en un barrio cerrado, por ejemplo, es experimentado por sus residentes a partir de una percepción cultural más o menos compartida de opción 'verde' de vida, pragmática ecuación económica o construcción de seguridad (Girola, 2008). Análogamente, la expulsión de sectores populares suele ser concebida oficialmente no como segregación, sino como recuperación de espacio público. Y en ocasiones, hasta los propios expulsados fueron persuadidos –por un sinnúmero de actores públicos y privados con los que interactúan cotidianamente– que no tienen derecho a la ciudad.

Cada artículo ensaya, a su modo, una respuesta de cómo viven la relegación los sectores afectados. Sabemos que los sectores populares no salen indemnes de sus complejas interacciones con el Estado. En este sentido, ¿qué sucede con las experiencias contradictorias de lugares de relegación cuyos habitantes, en forma más o menos excepcional, son exaltados en su diversidad cultural por parte del Estado u otros actores? ¿Sería atinado argumentar que estamos frente a un proceso de *segregación atenuada*? Solo un exhaustivo trabajo en terreno podrá responder si las prácticas de enaltecimiento cultural de los desfavorecidos disminuyen o no la segregación. Solo podemos anticipar que la producción de singularidad o de exotismo cultural de los sectores populares por parte de actores públicos o privados no afecta la persistencia de condiciones de desigualdad socioeconómica. El Estado que exalta algunos rasgos de su diversidad cultural suele ser también aquel que desatiende sus reclamos de una mejor calidad de vida. Sin

embargo, resta averiguar qué percepción tienen al respecto los sujetos involucrados en una coyuntura específica.

Las contestaciones de los sectores populares a los procesos de segregación en los que se ven involucrados incluyen un amplio repertorio de prácticas materiales y simbólicas. Ellos luchan contra la segregación, por ejemplo, procurando desmarcarse de los estigmas que pesan sobre ellos: ya sea alegando no pertenecer al grupo que los cobija o, por el contrario, reivindicando esa pertenencia; ya sea justificando las circunstancias que desembocaron en su presente, o construyendo otros referentes de identidad anclados en el pasado o el futuro, concebidos como prósperos. Los sectores más vulnerables también disputan su permanencia en la ciudad buscando su efectiva integración a la misma, a través del acceso a los servicios que le son retaceados por el Estado.

En ocasiones, los habitantes de asentamientos ilegítimos por el Estado acuerdan con su expulsión no en el vacío, sino como resultado de un constante hostigamiento oficial en diversos aspectos de su vida: acceso restringido a la salud, erección de muros, extorsiones. En un sentido similar, los vecinos de barrios de relegación reproducen buena parte de los estigmas que pesan sobre ellos al interior del propio barrio, lo cual colabora en la vivencia del mismo como una zona de relegación. De esta reproducción del estigma al interior del propio barrio no es ajeno, como ya mencionamos, el difícil vínculo con un Estado a la vez presente y ausente.

### Segregación y contaminación

Esta caracterización se complejiza si la articulamos con la problemática de la contaminación y la pureza, arduamente trajinada en la antropología. Cuando la segregación remite fundamentalmente al problema de la etnicidad<sup>14</sup>, o de construcción espacial de diferencias culturales (Bernard, 1994: 79), los sectores segregados recurren a la cultura para atenuar la impureza

<sup>14</sup> En un sentido similar, Brun (194: 25) señala que los signos de diferencia sobre los que se fundan las exclusiones son principalmente de orden étnico y cultural: conciernen al color de la piel, el origen geográfico, las costumbres, etc.



que les es atribuida y encontrar, en esa vidriera dignificada, la aceptación social de otros sectores. ¿Es la segregación, como sugiere Bernard (1994: 77), una suerte de profilaxis, de prevención de posibles peligros de contagio que resultaría de la cercana convivencia de sectores sociales alejados en la escala social? ¿Es posible discernir entre una segregación positiva y otra negativa?

Una primera interrogación sobre la naturaleza de los actores involucrados en los procesos de segregación nos lleva a identificar –siguiendo las atribuciones sociales hegemónicas– dos grandes categorías: los actores puros e impuros. Si los primeros serían aquellos que cuentan con los atributos para gozar de un hábitat seguro, de los segundos se presume que no solo no cuentan con tales atributos, sino que su presencia ‘daña’ a otros sectores.

Siguiendo con este razonamiento, la *segregación presuntamente positiva* o natural es producida por ciudadanos plenos, que son considerados *puros*, aunque cercados por los peligros de contaminación de otros sectores. Como vimos, una de las medidas destinadas a evitar tales ‘mezclas sociales nocivas’ se expresa en los procesos de auto-segregación, como por ejemplo el confinamiento electivo en las urbanizaciones cerradas. El espacio resultante es considerado tan incontaminado y puro como sus residentes<sup>15</sup>.

En el caso de la *segregación considerada en términos negativos*, la contaminación se produce por “la cohabitación y la contigüidad, las diferencias irreductibles de naturaleza entre los individuos, y los peligros para el cuerpo social de todo aquello que es híbrido”; ambigüedad que ameritaría la separación ‘profiláctica’ de tales grupos sociales (Bernard, 1994: 77). Que una segregación sea concebida como positiva y otra como negativa, es resultado, por supuesto, de una construcción cultural<sup>16</sup>. En el caso de las ciudades bajo estudio, los sectores populares son considerados más conta-

15 La paradoja es que estas urbanizaciones cerradas también son, en ocasiones, contaminantes. Basta recordar las denuncias contra urbanizaciones cerradas de la zona Norte del Gran Buenos Aires, que eran acusadas de contaminar los ríos locales con el vertido indiscriminado, y sin tratamiento, de sus residuos cloacales. En un sentido similar, las agrupaciones ambientalistas denuncian que las altísimas torres de Puerto Madero están afectando el ecosistema de la cercana Reserva Ecológica.

16 Como señala Brennetot (2006), los ciudadanos y los medios de comunicación movilizan modelos en competencia para ajustar sus preferencias y definir el interés general en materia de gestión política de los territorios.

minantes o impuros cuanto más próximos se encuentran a áreas de prestigio, o dicho de otro modo, cuando violan lo que el principio de máxima intrusión socialmente aceptable (Carman, 2007). Se les atribuye un carácter impuro por su apariencia física; se trata de una impureza que impregna las representaciones<sup>17</sup> (Bernard, 1994: 78 y 81). Acaso lo que es vivido como contaminante de los habitantes de las zonas de relegación no es tanto su apariencia física *per se*, sino su cercanía no deseada a los barrios de alto valor simbólico. La búsqueda de expulsión de estos vecinos no deseados puede ser explicada, en parte, por el temor que el grupo excluido inspira al grupo dominante: miedo de contagios físicos o morales; miedo de mezcla y confusión y de perder, en fin, la propia identidad (Brun, 1994: 25).

### Estructura del libro

A partir de las cuestiones brevemente reseñadas aquí, los trabajos reunidos en este libro buscan justamente colocar en foco la complejidad de los procesos de segregación urbana. Nuestro objetivo es reflexionar sobre tales procesos, considerando la participación activa de los actores sociales involucrados en ellos y la ambigüedad de las fronteras y límites socio-espaciales por ellos definidos. El universo de los temas presentados evidencia la dinámica cultural propia de las grandes ciudades latinoamericanas, que no puede ser reducida a partir de las clásicas formas dicotómicas entre centro y periferia, público y privado, tradicional y moderno, así como la diversidad de las prácticas y de las representaciones cotidianamente en juego en el contexto de las relaciones sociales en el espacio urbano. La elección por este abordaje busca superar concepciones de un espacio urbano homogéneo y unívoco, que vincula formas de expresión cultural a territorios determinados.

El libro se organiza en dos secciones. La primera de ellas se titula “Convivencias en las zonas de relegación urbana”. Los artículos que la integran

17 Respecto a un asentamiento de cartoneros próximo a su domicilio, un vecino de clase media opinó: “no sé si robaban, pero daban sensación de inseguridad”. Si un barrio prestigioso puede ser concebido como la ‘construcción espacial de diferencias culturales’ (Bernard, 1994), la proximidad de los ‘eslabones perdidos del bienestar neoliberal’ modifican aquel sueño, y resultan del todo incompatibles.

comparten la pregunta por las diferentes formas que asume la coexistencia más o menos pacífica, más o menos conflictiva, tanto entre sectores que comparten una misma realidad habitacional, como entre grupos que, aunque próximos entre sí, imaginan sus diferencias como insalvables. Se trata de análisis de casos empíricos que cuestionan la correspondencia mecánica y estable entre espacio y grupo y, al hacerlo, deshilvanan los hilos de las complejas relaciones (y la no necesaria correspondencia) entre distancias físicas y sociales. Los aportes aquí reunidos indagan en diversos mecanismos de categorización de la pobreza por parte de instancias estatales, los propios involucrados o sus vecinos cercanos, y nos evocan aquella célebre sentencia de Bourdieu de que el más vecino es quien más amenaza, en ocasiones, la identidad social; especialmente en aquellas zonas de relegación urbana que, como nos recuerda el autor, podrían ser pensadas como homogéneas desde una mirada distanciada; aunque basta sumergirse en aquellos mundos de la vida ordinaria para comenzar a apreciar el vasto repertorio de sus diferencias.

A tono con estas preocupaciones, el trabajo de María Florencia Girola explora el arte de ‘vivir juntos’ en una vivienda de interés social de la ciudad de Buenos Aires. ¿Qué formas asume el ‘entre sí’ de sus habitantes en un mega-conjunto exponente de los principios racionalistas del proyecto urbano moderno? ¿De qué modo se difuminan los límites simbólicos entre ‘barrio’ y ‘villa’? Con su prosa depurada y lúcida, Girola describe la urbanidad específica de este conjunto habitacional como una oscilación entre la *heterogeneidad conflictiva* y *homogeneidad promiscua*. En tal sentido, su aproximación etnográfica matiza significados naturalizados que subyacen en el concepto de segregación vinculados a la unidad y la cohesión social.

El capítulo de Ana Gretel Thomasz resulta un original aporte para pensar cómo un movimiento social –en este caso, una organización piquetera argentina– puede poner en práctica una *política cultural* de cara al barrio más amplio donde este se inserta, echando mano a recursos estéticos, patrimoniales y naturales que bien pueden estar emulando, aunque con distintos sentidos, aquellos que estamos habituados a apreciar bajo el despliegue de nuestros gobiernos locales de enfática prédica multicultural. ¿Cuáles son las estrategias culturales que impulsa un movimiento de desocupados para

enfrentar los procesos segregatorios con los que frecuentemente se topan los sectores populares a la hora de efectivizar su derecho a la ciudad? Este es uno de los principales interrogantes que la autora se encarga de responder, a partir de su rico análisis de la articulación entre el derecho a la ciudad, a la vivienda y a la belleza en coyunturas contemporáneas de la ciudad de Buenos Aires que presentan marcadas diferencias respecto de los cánones tradicionales de belleza y funcionalidad de la –ya muy remota– ciudad moderna.

El capítulo a cargo de Daniela Soldano, cierra este primer apartado del libro con su análisis de los procesos de relegación y movilidad cotidiana de cartoneros que habitan en un barrio periférico de Buenos Aires. Uno de los supuestos centrales que estructura su texto es el de que las políticas públicas estatales cumplen un papel crucial no solo en la reproducción de los intercambios desiguales de los sectores populares, sino también en su confinamiento material y simbólico. A partir de un primer repaso por conceptos clave que dan cuenta de diversos impactos de los procesos de reestructuración económica sobre la estructura social y espacial de las ciudades latinoamericanas contemporáneas –tales como la relegación, la segregación, la ‘atomización privatizadora’ y la insularización–, Soldano se sumerge a continuación en las formas que asume la movilidad en franjas periféricas de la Región Metropolitana de Buenos Aires.

Estos primeros tres artículos abordan, pues, no solo procesos de clasificación y estigmatización en diversos rincones de esta megaciudad, sino también las prácticas de la vida cotidiana de los habitantes de sus barrios relegados; prácticas que combinan, en dosis diversas, lucha por la supervivencia, gestión cultural y estrategias políticas; y cuyas especificidades nos iluminan para pensar la experiencia urbana de otros sectores populares latinoamericanos.

En la segunda sección del libro, denominada “Fronteras urbanas y límites sociales”, los autores exploran etnográficamente barrios centrales y periféricos de otras ciudades latinoamericanas, a la vez que toman también como referencia analítica el modelo de segregación y co-habitación consolidado en Lisboa, Portugal. Los artículos de esta sección dialogan acerca de la naturaleza y las lógicas de los umbrales tanto físicos como simbólicos involucrados en la segregación socio-espacial en Santiago de Chile,

la periferia de La Plata, un barrio en el Gran Buenos Aires y el barrio de Mouraria en Lisboa. La preocupación compartida por estas investigaciones etnográficas desarrolladas en latitudes diversas radica en la relación entre espacio y sociedad. ¿En qué medida las formas en las que las personas y los grupos delimitan los espacios propios y ajenos se encuentran ancladas en la estructura espacial de la ciudad? ¿O, por el contrario, el entramado relacional y significativo en el cual los actores sociales definen su situación y la de los demás resulta, contra toda lectura sustancialista del lugar, más relevante para comprender tales separaciones y distinciones? Cada cual a su modo, los artículos de esta sección enfatizan en dos cuestiones. Por un lado, la relevancia de las relaciones sociales antes que las estructuras espaciales en los procesos de segregación social. Parafraseando a Simmel (1986), la producción aquí recogida demuestra que el límite es un hecho sociológico con una forma espacial. Por el otro lado, en tanto no hay una relación estable entre forma urbana y prácticas y sentidos sociales, las delimitaciones son contextuales y situacionales, lo que cuestiona la visión dicotómica de centros y periferias (y adentros y afueras) permanentes y estables.

El artículo de Francisca Márquez es resultado de una etnografía translocal en La Chimba, barriada histórica de Santiago de Chile, habitualmente señalada como 'la otra ciudad', ubicada al otro lado del río. Además de reponer el derrotero histórico de la localidad y enfatizar el carácter 'descenrado' de todo espacio residencial (en el sentido de que no puede definirse a sí mismo), el foco del artículo se encuentra en la tensión entre la separación constitutiva entre La Chimba y Santiago de Chile y las relaciones, tránsitos e intercambios entre ambas. Esta tensión cobra forma para la autora en la noción de porosidad de las fronteras urbanas y en la construcción de la especificidad de un lugar segregado por medio de relaciones que establece con el resto de la ciudad.

El trabajo de Ramiro Segura procede a un ejercicio comparativo entre dos campos etnográficos desarrollados en espacios segregados: la periferia de la ciudad de La Plata y un barrio del conurbano bonaerense. Al igual que en el capítulo de Francisca Márquez, el foco de análisis busca articular las posiciones sociales y espaciales de los actores con sus desplazamientos cotidianos. Reconociendo la necesidad de reactivar la estrategia compa-

rativa en el campo de los estudios urbanos (Robinson, 2011), el aporte principal del artículo radica en comparar los mecanismos de separación y los mecanismos de vinculación presentes en los dos espacios estudiados, lo que permite ponderar y cualificar la experiencia urbana de la segregación en espacios similares en términos de infraestructura urbana e índices socio-económicos.

Por su parte, el capítulo de Marluci Menezes es producto de una investigación etnográfica en el barrio de la Mouraria de Lisboa. Comparte con el texto de Ramiro Segura la preocupación por la naturaleza de las fronteras urbanas y, en este sentido, el trabajo enfatiza la cualidad interaccional y contextual de tales operaciones que permiten que varíen las delimitaciones de un barrio, lo que se incluye y lo que se excluye en cada contexto, y las características que se seleccionan para representar un barrio. No alcanza, pues, con decir que hay muchas Mourarias, sino que el desafío que se propone la autora consiste en captar la lógica de tal multivocalidad. Por otro lado, un aporte singular de su trabajo estriba en vincular prácticas y representaciones cotidianas de un barrio popular emblemático como la Mouraria con las metáforas e imágenes que se construyen acerca del barrio y la ciudad.

Finalmente, el artículo de Francisca Pérez, a través de lo que podríamos llamar una etnografía retrospectiva, aborda las formas de segregación socio-espacial que han caracterizado históricamente a las ciudades latinoamericanas a partir de las transformaciones de los sentidos atribuidos a los espacios público y privado en el contexto del proceso de suburbanización en Santiago de Chile, entre las décadas de 1930 y 1960. Enfatizando el tema de la sociabilidad en el espacio doméstico como expresión del ideal de vida suburbana centrado en la familia y en la casa, su análisis considera que tanto las transformaciones en el espacio público como en la vida doméstica potencian y consolidan desigualdades sociales. Tomando como referencia la perspectiva de residentes y ex-residentes del barrio El Golf –suburbio hacia el cual la elite de Santiago comienza a desplazarse en la década de 1930, consolidando un patrón de segregación residencial en la ciudad– la autora aborda las prácticas cotidianas de la vida doméstica y, a partir de ellas, busca recuperar el sentido de la vida privada en el contexto del proce-

so de suburbanización. La contribución y originalidad del capítulo reside precisamente en pensar los procesos de segregación producidos a partir de las relaciones que se establecen en los espacios donde residen los sujetos, más allá de la expresión y organización en el espacio urbano.

## Bibliografía

- Barth, Fredrik (1976). *Los grupos étnicos y sus fronteras*. México: FCE.
- Bernard, Carmen (1994). “Ségrégation et anthropologie, anthropologie de la ségrégation. Quelques éléments de réflexion”. En *La ségrégation dans la ville: concepts et mesures*, Jacques Brun et C. Rhein (Eds.): 73-84. París: L’Harmattan.
- Bourdieu, Pierre (2002). “Efecto de lugar”. En *La Miseria del Mundo*, Pierre Bourdieu, (Dir.): 119-124. México: FCE.
- Brennetot, Arnaud (2006). “Penser la justice territoriale”. En <http://ee-geosociale.free.fr/rennes>.
- Brun, Jacques (1994). “Essai critique sur la notion de ségrégation et sur son usage en géographie urbaine”. En *La ségrégation dans la ville: concepts et mesures*, Jacques Brun et C. Rhein (Eds.): 21-58. París: L’Harmattan.
- Caldeira, Teresa Pires do Rio (2007). *Ciudad de muros*. Buenos Aires: Editorial Gedisa.
- Carman, María (2007). “El principio de máxima intrusión socialmente aceptable, o los diversos grados de legitimidad de las ocupaciones urbanas”. *Boletín de Antropología Universidad de Antioquia* Vol. 21, N° 38: 130-146.
- Carman, María (2009). “Lo puro y lo impuro. Dimensiones de la segregación socio-espacial en Buenos Aires”. Ponencia presentada en el Congreso de la Asociación Latinoamericana de Ciencias Sociales (LASA). Sesión: Desigualdad y Sociabilidad Urbanas. Río de Janeiro, Brasil.
- Cortés, Susana (2008). “Vergüenza de vivir donde vivo”: ideas para una re-conceptualización de la segregación residencial socioeconómica”. *AIBR. Revista de Antropología Iberoamericana* Vol. 3, N° 3: 419-445.

- Cunha, Neiva, Vieira da Mello y Marco Antonio da Silva (2012). “A UPP e o processo de urbanização na favela Santa Marta: notas de campo”. *Favelas Cariocas Ontem e Hoje*: 433-474. Río de Janeiro: Garamond.
- De Sousa Santos, Boaventura (2003). *La caída del Ángelus novas*. Bogotá: ILSA-Universidad Nacional de Colombia.
- Donzelot, Jacques (1999). “La nouvelle question urbaine”. *Revue Esprit* 258 : 87-114.
- Douglas, Mary (1973). *Pureza y peligro*. Barcelona: Siglo XXI.
- Durkheim, Émile y Mauss, Marcel (1996). “Sobre algunas formas primitivas de la clasificación”. En *Clasificaciones Primitivas (y otros Ensayos de Antropología Positiva)*, Émile Durkheim. Barcelona: Ariel.
- Elias, Norbert y John Scotson (2000). *Os Estabelecidos e os Outsiders*. Río de Janeiro: Jorge Zahar Editor.
- Girola, María Florencia (2008). *Modernidad histórica, modernidad reciente. Procesos urbanos en la Área Metropolitana de Buenos Aires: los casos del Conjunto Soldati y Nordelta*. Tesis de doctorado. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- Grafmeyer, Yves (1994). “Regards sociologiques sur la ségrégation. La ségrégation dans la ville”. En *La ségrégation dans la ville: concepts et mesures*, Jacques Brun et C. Rhein (Eds.): 85-117. París: L’Harmattan.
- Lamont, Michèle (1992). *Money, Morals and Manners. The culture of French and the American Upper-Middle Class*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Lamont, Michèle y Virág Molnár (2002). “The study of boundaries in the social sciences”. *Annual review of Sociology* 28: 167-195.
- Perlman, Janice (2010). *Favela. Four decades of living on the edge in Río de Janeiro*. Oxford: Oxford University Press.
- Prévot-Schapira, Marie-France (2001). “Fragmentación espacial y social: conceptos y realidades”. *Perfiles Latinoamericanos* 19: 33-56.
- Robinson, Jennifer (2011). “Cities in a World of Cities: The Comparative Gesture”. *International Journal of Urban and Regional Research* 35 (1): 1-23
- Rodríguez, Alfredo (2001). *Segregación residencial socioeconómica*. Santiago de Chile: CEPAL.

- Rodríguez, Jorge y Camilo Arriagada (2004). “La segregación residencial en la ciudad latinoamericana”. *Revista EURE* 29 (89): 05-24.
- Sabatini, Francisco, Gonzalo Cáceres y Jorge Cerdá (2001). “La segregación residencial en las principales ciudades chilenas”. *Revista EURE* 27 (82): 21-42.
- Schteingart, Martha (2001) “La división social del espacio en las ciudades”. *Perfiles Latinoamericanos* 19: 13-31.
- Simmel, Georg (1986). *Sociología 2. Estudios sobre las Formas de Socialización*. Madrid: Alianza Editorial.
- Wacquant, Löic (2007). *Los condenados de la ciudad. Guetos, periferias y Estado*. Buenos Aires: Siglo XXI.

## Primera Sección Con/vivencias en las zonas de relegación urbana